

INTRODUCCIÓN

La filosofía está empeñada en la búsqueda de una rara forma de conocimiento, que ansía obtener aplicando el más estricto rigor racional a asuntos inasibles y a los que, huelga decirlo, no tenemos acceso empírico alguno. La empresa se hace, si cabe, más aventurada cuando acotamos nuestro campo de interés y nos centramos en el restringido grupo de temas metafísicos que nos conciernen directamente y de un modo más personal. Cuestiones de este tipo son justo las que el lector va a encontrar en este libro: ¿Somos por fuerza quienes recordamos haber sido? ¿Nos distancia el pensamiento de las cosas que nos rodean? ¿De qué modo está presente una persona en su fotografía? ¿Somos culpables de nuestros errores? ¿Qué tienen en común las cosas buenas? ¿Tiene sentido preservar la belleza de un paraje natural prohibiendo visitarlo? ¿Por qué es mala la muerte, si es que realmente lo es? ¿Existe el pasado, o el tiempo se precipita en una absoluta nada a medida que transcurre? Todas ellas apuntan, de uno u otro modo, al conjunto de supuestos sobre los que armamos nuestra vida: los proyectos, las relaciones de amor y de amistad, las pesadumbres y alegrías. Es verdad que uno puede dejar pasar el tiempo sin preguntarse nunca nada de esto, igual que uno puede nadar día tras día en una cala sin ponerse nunca unas gafas de bucear para mirar lo que hay

en el fondo. Pero, cuando lo hace –esa es, al menos, mi experiencia tanto con el buceo como con la filosofía–, la sensación apolínea de seguridad total desaparece para siempre. Necesitamos, a partir de ese momento, saber qué hay bajo la lisa superficie azul y descifrar el suelo sobre el que se asientan nuestras certezas cotidianas.

«De lo que no se puede hablar hay que callar» es la sentencia que emplea Wittgenstein para negar legitimidad a esta pretendida área del saber en la que, según él, ni siquiera tienen sentido las preguntas. Y, sin embargo, una vez hemos puesto el foco en ellas, es inevitable –lo es para algunos, desde luego– seguir dándoles vueltas con la esperanza de descubrir algo que pueda considerarse conocimiento. El resultado de esta empresa es incierto y propicio a paradojas, obviedades y disparates: «No se puede imaginar nada tan peregrino y poco creíble que no haya sido dicho por algún filósofo», escribió Descartes justo antes de ponerse él mismo manos a la obra. Pero es también, si no me equivoco, profundamente clarificador y estimulante. Clarificador, porque al final uno acaba entendiendo mejor qué es lo que no entiende, y puede formularlo con más precisión e incluso explicar lo que tiene de enigmático, descartando de paso un sinnúmero de ideas confusas y falsas respuestas. Estimulante, porque la reflexión filosófica enriquece y agudiza las intuiciones naturales que son su punto de partida, generando nuevas preguntas más penetrantes, de mas calado y, por qué no decirlo, más divertidas.

Pensar sobre estas cosas es además una forma de dar profundidad a nuestra existencia. La profundidad no es, vaya esto por delante, la panacea, sino sólo una de las múl-

tiples razones por las que la vida puede ser buena. Pero el hecho es que esta forma de filosofía —tan cercana a nosotros, tan íntima, tan apolítica también— ahonda nuestra conciencia, como si descubriéramos que, antes de embarcarnos en ella, habíamos estado ausentes. Esta afirmación puede parecer a primera vista contraintuitiva, pues, desde que Tales de Mileto se cayó a un pozo por ir mirando al cielo, existe la sospecha de que el efecto de la filosofía es más bien alejarnos del mundo y debilitar nuestra conexión con él. Algo de esto hay, aunque esa es sólo una parte de la historia. Meditar sobre cuestiones como las que antes he enumerado nos hace estar más presentes en nuestra experiencia, nos ayuda a paladearla, a hacerla más real y más nuestra. En definitiva, la intensificamos, tal vez a costa de distanciarnos de las preocupaciones mundanas.

Este libro consta de cinco partes, formadas a su vez por textos breves. La primera está dedicada al nexo emocional que nos une a las personas y —tal vez por contagio— a los objetos, las casas, las ciudades y los paisajes. Podríamos llamarlo amor o, en el caso de las cosas inanimadas, apego, aunque la actitud que aquí describo sobrepasa el campo semántico de estos términos. La segunda parte versa sobre dos temas estrechamente relacionados: el paso del tiempo y el significado de la muerte, de nuestra propia muerte. En la tercera discurro sobre la naturaleza del valor, es decir, aquellas propiedades de las cosas que las hacen buenas a nuestros ojos. No me refiero, salvo muy lateralmente, a la acepción moral de este concepto, sino a algo mucho más básico, cercano al placer estético o, simplemente, al disfrute de la vida. Algunas manifestaciones de la literatura y el arte juegan

aquí un papel importante, pues nos ayudan a encontrar sentido a zonas de la existencia que antes nos resultaban incomprendibles. La cuarta parte está dedicada al yo; más en concreto, a su condición, tal vez sólo aparente, de guía y responsable de nuestros actos y pensamientos, y a la dificultad y los inconvenientes de centrar la atención en él. Para terminar, en la quinta parte se hace algo más explícita la filosofía práctica que late bajo la larga meditación que nos ha conducido hasta aquí. En ella encontrará el lector una loa de cierta actitud ante la vida, entre estoica y epicúrea: una filosofía de aceptación de los límites y de celebración de lo que dentro de ellos se encuentra. Aunque hay un hilo conductor que liga unos textos con otros para formar un todo, nada impide que el lector los lea abriendo el libro al azar, si así le place, pues la continuidad que los une es laxa y no hay ninguno cuya comprensión requiera, estrictamente hablando, haber leído otro anterior.

Dos males aquejan a la filosofía desde tiempo inmemorial, de una forma que se ha ido agudizando con el tiempo: el uso de una jerga ininteligible para los no especialistas y la ausencia de ejemplos. Se crea con ello el perfecto caldo de cultivo para que nadie, ni lectores ni autor, sepa exactamente de qué se está hablando. La convicción de que este es un peligro que debemos evitar a toda costa —no sólo por respeto al lector, sino también por compromiso con la verdad— me ha llevado, por una parte, a poner siempre ejemplos que ilustren mis explicaciones y, por otra, a huir de la jerga filosófica como de la peste. Aquí podríamos citar de nuevo a Wittgenstein: «Cuanto siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente».

Una última observación, relacionada con la forma más bien parca en que doy cuenta al final del libro de las fuentes bibliográficas. Lo que leemos a lo largo de los años es la materia prima con la que se construye nuestro pensamiento. El grado de procesamiento al que nuestra mente somete este material es variado: unas veces lo conserva tal cual, sin añadirle valor, como dirían los economistas; otras lo degrada, despojándolo de lo que había en él de iluminador e interesante; y otras lo moldea, mezcla y adultera para generar ideas nuevas. Algunas de estas ideas –transformadas o no– quedan incorporadas hasta tal punto en la visión que nos formamos del mundo que llegamos a considerarlas nuestras, como si hubieran nacido con nosotros, olvidando que proceden de antiguas lecturas. Este dilatado proceso hace sumamente laborioso rastrear sus orígenes, y más difícil resulta, si cabe, especificar para cada una de ellas en qué medida la hemos sometido –de manera inconsciente las más de las veces– a distorsiones y usos no previstos por su autor. A ello debo añadir, a título ya más particular, que la obsesión por la genealogía de mis ideas –mías en el sentido de que me las he apropiado y las empleo con plena libertad– me impide pensar con fluidez. Todo esto me lleva a desentenderme un poco de la noble práctica académica de ir advirtiendo a cada línea quién dijo esto y quién lo otro. Lo relevante es la cosa misma sobre la que se piensa, no los conceptos que utilizamos como herramientas para pensar en ella. «No a la miel, sino a las flores», escribió Antonio Machado, y nos ofreció con sus palabras todo un lema.